



Capítulo 11 Un trasplante de médula

*... Yo crecí
Fomentado por la belleza y el temor.*

William Wordsworth

Al borde de la muerte

Un trasplante de médula puede hacerte desear estar muerto.

Cuando el cáncer entra en la médula ósea, el médico debe hacer cualquier cosa para salvar al paciente que no sea matarlo. Destruye la médula con radiación y luego la reemplaza con una sana para que vuelva a crecer. Si el paciente sobrevive, tiene un camino largo y arduo desde el borde de la muerte. Pero él está curado.

Contemplar a Dios puede hacerte desear que estuvieses muerto.

Cuando Isaías vio a Dios en su trono, en el Templo, el profeta quedó devastado (Isaías 6:1-6). Cuando Job estaba lleno de orgullo, Dios lo amó y sopló sobre él con su gloria en medio de un torbellino, hasta que Job cayó a un lado: “me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6). Cuando Habacuc tuvo una visión del poder de Dios, el sintió la pudrición en sus huesos.

Oí, y se conmovieron mis entrañas;
A la voz temblaron mis labios;
Pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí;
Si bien estaré quieto en el día de la angustia,
Cuando suba al pueblo el que lo invadirá con sus tropas (Habacuc 3:16).

La temible majestad de Dios es la radiación. Arroja un rayo X al alma y muestra que está colmada de pecado. El alma ve cómo es Dios en su gloria, y ve cómo es ella en su enfermedad, y entierra su rostro en el polvo. Entonces comienza a sanar. La majestad de la radiación de Dios mata a la médula sufriente de pecado y la substituye por humildad. Un corazón humillado por la gloriosa majestad de Dios puede comenzar a recuperarse y volverse fuerte. El pecado no puede prosperar en un corazón humilde.

Una visión de Dios como la de Isaías, de Job o de Habacuc, no puede ser pedida. Pero si vamos a condenar el pecado a muerte en nuestro corazón, tenemos que tomar la mayor cantidad de dosis que podamos de la majestad de Dios. Y las encontraremos en nuestras meditaciones en la Palabra de Dios.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: Un trasplante de médula (Semana 12)

El remedio de la humillación

Piensa profundamente en la grandeza de Dios. Los pensamientos que alcanzan la excelencia de la majestad de Dios son bellos y son delicias para el alma, pero tienen desagradables efectos colaterales. Hasta una migaja de su grandeza en comparación con nosotros nos muestra como langostas, polvo o “menos que nada” (Isaías 40:12-25). Nadie quiere salir de su camino para sentirse pequeño, débil o profanado; pero ese fuerte remedio nos da esperanza contra el pecado. En esa humillación, nuestro pecado languidece.

Pero cuando pensamos en la grandeza de Dios, nos enfrentamos a un problema que nos es útil: ¡no podemos hacer eso! Él es asombroso. Nuestra débil mente no lo soporta. Y eso es bueno, porque nos humilla delante de él. Piensa en cuán poco sabes de Dios. ¿Puedes caminar por el borde del infinito sin sentir vértigo? ¿Puedes mirar fijamente al sol y no quedar ciego? Agur debe haber entendido que intentar conocer la gloria de Dios era como intentar entender el Atlántico con solo mirar fijamente una gota de sus aguas:

Ciertamente más rudo soy yo que ninguno,
Ni tengo entendimiento de hombre.
Yo ni aprendí sabiduría,
Ni conozco la ciencia del Santo.
¿Quién subió al cielo, y descendió?
¿Quién encerró los vientos en sus puños?
¿Quién ató las aguas en un paño?
¿Quién afirmó todos los términos de la tierra?
¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?
(Proverbios 30:2-4)

¿Pero no vemos nosotros a Dios más claramente desde su encarnación? Es verdad que, en la nueva alianza, el velo fue removido de modo que podemos ver la gloria de Dios en la faz de Cristo (2 Corintios 4:6). Pero la visión que tenemos de él, comparado con lo que él es en sí mismo, es oscura e imperfecta. Pablo dice que es como mirar el reflejo de Dios en un espejo.¹ Piensa en tu reflejo en el capó de tu auto, no en el espejo del baño, porque para Pablo un espejo era algo rudimentario en su época, probablemente una chapa de bronce pulido. La manera en que vemos a Dios ahora no puede ser comparada con la manera en que le veremos cuando seamos glorificados: “Cuando él se manifieste... le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

¿Por qué sabemos tan poco sobre él?

¹ 1 Corintios 13:12; 2 Corintios 3:18. La palabra en 2 Corintios 3:18 traducida como “reflejar” en la NVI es mejor traducida, en la nota al pie de página, por “contemplar”. Eso quiere decir mirar alguna cosa como si estuviese reflejada en un espejo.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: Un trasplante de médula (Semana 12)

1. *Sabemos tan poco sobre él porque él es Dios.* Él se describe a sí mismo diciéndonos lo que no podemos saber sobre él. No podemos verlo, no podemos entenderlo porque él no es como el hombre. En verdad, no hay nadie que sea como él.² Y lo que conocemos de él, no lo podemos comprender. Solamente podemos creer y adorar. Decimos y creemos que él es infinito y eterno, que él está en todas partes y que nunca cambia, que él es tres personas en una naturaleza y que la segunda persona es dos naturalezas en una persona. Entendemos a Dios como un niño de 6 años entiende la teoría de la relatividad de Einstein.

2. *Sabemos tan poco sobre Dios porque solo lo conocemos por la fe.* La fe es toda la evidencia que tenemos de este Dios invisible (Hebreos 11:1). Es la única manera por la cual podemos llegar a él (v. 6). Toda nuestra relación con él en esta vida es resumida como andar por la fe (2 Corintios 5:7). Simplemente confiamos en lo que él dice sobre sí mismo, y así es como lo conocemos.

Pero nuestro conocimiento de él es exactamente la medida que necesitamos para destruir el pecado. Lo conocemos poco, pero lo conocemos *verdaderamente* – lo suficiente para amarlo más de lo que lo amamos, deleitarnos en él y servirle más de lo que lo hacemos, obedecerlo y confiar en él más de lo que hacemos. Lo conocemos gloriosamente más de lo que conocieron aquellos que lo conocieron antes de la venida de Jesús (Hebreos 1:1-3). Lo conocemos por el Espíritu de Dios que vive en nosotros. Y conocerlo es adorarlo.

El culto profundamente reverente es la muerte del pecado

El culto que Dios acepta es pleno de reverencia y profundo respeto que viene de considerar a quién se está ofreciendo culto, de modo que somos “fomentados por la belleza y el temor”. Adoramos a un Padre tierno y a la vez que es “fuego consumidor” (Hebreos 12:28-29). El pecado no puede respirar en una atmósfera de temor reverente delante de Dios. Se sofoca. ¿Puedes imaginar tu deseo rico y próspero cuando estás con tu rostro delante de un Dios Santo?

² Éxodo 8:10; 15:11; Números 23:19; Job 28; Salmo 77:13; Isaías 40:12-25; 46:5; Oseas 11:9; Romanos 11:33-36; 1 Corintios 2:16; Colosenses 1:15; 1 Timoteo 1:17; 6:16.